***Ecos, reflejos***

Citando a Aristóteles, dijo alguna vez Tomás de Aquino: “los hombres nada entienden sin fantasmata”. Fantasmata, fantasmagoría, espejismo, ilusión: visiones, imágenes o imaginarios que acompañan nuestras comprensiones y nuestras verdades haciéndose parte de una personal sabiduría de vida.

Cuenta Mircea Eliade la anécdota de un rabino que soñó que en un lugar extraño, lejos de su hogar, hallaría un maravilloso tesoro. Se encaminó hacia ese sitio y allí encontró un guardián que le dijo haber tenido el mismo sueño: la visión de un tesoro aguardando por él, oculto en la casa de un rabino. Regresó el rabino a su hogar y, tras mucho buscar, descubrió que, efectivamente, enterrado en el suelo, se hallaba un tesoro. La lección que extrae Eliade es clara: fuera de nosotros podemos llegar a descubrir verdades que íntimamente nos conciernen.

El arte puede aportarnos figuraciones que como los fantasmas de Aristóteles o la visión de Eliade, nos ayudan a entender. Él es, por sobre todo, imagen; y la imagen, el punto de partida de la idea. El arte expresa lo verdaderamente huma- no y lo humanamente vivible. Transmite vivencias y versiones capaces de convertirse en referencia y discernimiento.

En su libro Verdad y método, Hans Georg Gadamer dice: “la obra de arte se dirige hacia nosotros y exige una respuesta”. Esto es: nos obliga a reaccionar; nos conmueve porque nos habla, porque se acerca a nuestra manera de mirar y entender y valorar. Algo muy relacionado con nuestra sensibilidad y nuestro gusto; preferencia que suele ser excluyente: lo que nos atrae sugiere lo que rechazamos.

Vamos a un museo y en él vemos cuadros o fotografías, leemos un libro, vemos una película; y sobre esos espacios contemplados: películas que nos llaman la atención y no logramos olvidar, libros que nos entretienen o seducen, fotografías que nos expresan toda la fuerza de instantes irrepetibles, lienzos que diseñan las más diversas sugerencias... vamos dibujando un vago, complejo y poco definible diseño muy relacionado con nuestra forma de ser, con nuestro propio tiempo interior.

Tiempo interior: hechura de ese mundo que somos. Los antiguos griegos llamaron *kairos* a esa temporalidad construida por experiencias individuales; y lo diferenciaron de *cronos*, que es el tiempo tal y como comúnmente lo entendemos: irreversible sucesión de momentos que van construyendo itinerarios, historias, vidas. *kairos* es el tiempo existencial de cada ser humano haciéndose, deshaciéndose y rehaciéndose. En él recuerdos y propósitos entremezclan pasado, presente y anhelos de futuro. Arbitrariamente, *kairos* escoge iluminar u oscurecer, aumentar o minimizar, perpetuar u olvidar.

Desde *kairos* me enfrento a esa cruel realidad que es *cronos*, generalmente ajena a mis deseos y propósitos. *Cronos* me dice que el mundo y las cosas suelen hallarse lejos, muy lejos de mi voluntad. *Kairos*, por el contrario, me construye junto a mis actos y sueños; al lado de pasos, proyectos e ilusiones. Cronos expresa la contundencia de una temporalidad que avanza adentrándome en un futuro siempre desconocido. *Kairos* entreteje incesantemente los vaivenes que dictan mi memoria y mi voluntad. Mientras *cronos* me desgasta lentamente, *kairos*, incesante, va nutriéndome junto a mis vivencias.

Contemplamos esa obra de arte que, a su vez, nos contempla. Somos sus espectadores y sus cómplices. Si es genuina o trascendente ella encierra un saber. Nos educa con esclarecimientos y respuestas. El arte habla. Le habla a *kairos*: ese tiempo que pertenece a nuestra conciencia.

Solo algunas obras de arte nos dicen algo; y por muy diferentes razones: porque nombran imaginarios afines a los nuestros, porque nos ayudan a entender, porque nos permiten intuir nuevas razones... Penetramos en el sentido de esas obras al relacionarlas con lo que nos concierne, al convertir su expresión en imaginario nuestro y versión nuestra.

Que en medio de algo tan impredecible como las comprensiones y sentimientos humanos, una obra de arte concite muy frecuentes coincidencias sobre sí misma hablaría del poder de ciertos espacios estéticos destinados a perdurar en la memoria humana.

Ningún genuino artista podría no estar éticamente comprometido con su creación, y ningún verdadero espectador podría no volcar sobre la obra disfrutada una experiencia de vida. Una obra de arte no ofrece ni tiene por qué ofrecer respuestas definitivas ni verdades irrefutables. Le basta con mostrarnos esa verdad que pertenece a su autor; que podemos quizá compartir, relacionarla o no con nuestras opciones de vida; pero que, en todo caso, reconocemos como argumento veraz de una experiencia individual.

El valor de una obra de arte reside tanto en la firmeza de su estética como en su sustento ético. “Ética”: voz griega que, comenzó por significar morada, hogar. Con el tiempo, esa acepción dejó paso a otra relacionada con espacio interior, con alma. Aristóteles fue el primero en darle el sentido que actualmente posee: conciencia, personalidad, carácter. Relacionamos la ética con la más genuina de las sabidurías: ésa que nos conduce al autoconocimiento. “Conócete a ti mismo” fue la inscripción colocada por los siete sabios de la antigua Grecia en el frontispicio del templo de Delfos. La obra de arte señala el esfuerzo de un ser humano entregado a la comunicación de algunas verdades que ha llegado a reconocer en sí mismo.

De un profundo esfuerzo testimonial está hecha esa obra de arte que contemplamos y llega a hacerse espacio dentro de nuestra conciencia. Y sentimos que ella encierra un saber; que, a la vez que nos ayuda a entender el mundo, nos adentra en nuestro propio mundo, y nos aporta verdades y nos acerca a respuestas tanto propias como presentes desde siempre en el tiempo humano.